

Reseñas



CHAPA, Juan, *Qué se sabe de... Los manuscritos del Nuevo Testamento*, (Estella: Verbo Divino, 2002). ISBN: 978-84-9073-148-2. 277 pp.

El Dr. Juan Chapa es uno de los mayores expertos internacionales en la manuscritología bíblica y la crítica textual del Nuevo Testamento. Ha estudiado en España e Inglaterra y ha obtenido dos titulaciones de doctorado en universidades públicas. Y lo que resalta de todo esto es que son doctorados en los que ha podido estudiar científicamente la Biblia: doctor en filología clásica por la Universidad de Sevilla (1989) y doctor en *Litterae humaniores* (papirología) por la Universidad de Oxford (1993).

Juan Chapa también es doctor en teología (1983) por la Universidad de Navarra (que, a pesar del nombre, no es universidad pública), pero sus estudios específicos de investigación de Sagrada Escritura los ha hecho, como hemos dicho, en ámbito público.

Que su formación específica en el estudio científico de la Biblia haya sido mediante titulaciones de universidades públicas quiere decir que, evidentemente, no son titulaciones eclesiásticas. Pero, además, tampoco son titulaciones en teología, ni siquiera en Estudios Bíblicos. Esto es, cuanto menos, sorprendente, desde al menos dos puntos de vista.

Desde el punto de vista interno al mundo de los estudios teológicos, es sorprendente porque no es nada habitual que religiosos y presbíteros se especialicen en doctorados de universidades públicas, particularmente cuando su rama del conocimiento es la ciencia bíblica. Es decir, sí existen muchos religiosos y presbíteros formados y especializados en universidades públicas, pero no suelen ser estudios relacionados con la teología, sino con otras ramas científicas.

Desde el punto de vista externo al mundo de los estudios teológicos, es sorprendente que el Dr. Chapa se haya podido formar y de una manera tan excelente, en el ámbito concreto de los estudios bíblicos fuera de instituciones eclesiásticas centradas en los estudios bíblicos.

Esto, contemplado desde fuera del mundo teológico, puede parecer algo normal, pero contemplado desde dentro es una excepción. Quizá con un caso paralelo se pueda comprender mejor lo positivo que es el caso de Juan Chapa como referencia y como quien ha abierto un camino que debería ser el normal pero no lo es por razones tanto internas como externas a las instituciones eclesiásticas educativas. Estudiar un doctorado en historia en una universidad pública sería algo normal para los propios graduados en historia.

También sería, aunque menos frecuente y, al menos en España, con menos prestigio como norma general, obtener una titulación de doctorado en historia en una universidad privada. A los historiadores, desde dentro, no les sorprende nada en absoluto que esto suceda. Y desde fuera -desde la ignorancia y la falta de experiencia en ese mundillo- también parece algo normal. Sin embargo, en el mundo de la teología, en el peculiar mundo actual de la teología, dado que hace algún tiempo que fue expulsada del ámbito público universitario (como estamos hablando del caso de Juan Chapa, nos centramos en el caso de España; Alemania, Francia y Suiza son algunas excepciones, donde existen universidades públicas que tienen facultades de teología de distintas confesiones cristianas), es casi imposible formarse en estudios bíblicos. Y, de hecho, no solo en el ámbito de la especialización e investigación, sino también en el ámbito más básico de la graduación, es cada vez más imposible tener esta formación.

Nótese que estamos hablando de formación filológica, no de todavía formación teológica. Evidentemente, en el ámbito creyente, la formación filológica sobre la Biblia se hace en aras de formarse en la teología de la Biblia, la teología bíblica. Ahora bien, uno puede ser formado en teología bíblica y no necesariamente pertenecer o comulgar con la religión que tiene a la Biblia como Palabra de Dios. Puede tener respeto, educación y sobre todo interés en conocer filológicamente los textos bíblicos. Pero la increencia, el dogmatismo, la ideología y la persecución educativa de los estudios bíblicos han pesado tanto que estos estudios -que, de nuevo, no necesariamente tienen que ser estudios teológicos, ni tampoco requieren que por parte del estudiante se confiese públicamente la pertenencia a una religión en particular- han desaparecido del ámbito público. La Universidad Complutense disponía de un grado en filología trilingüe, enfocado claramente al estudio bíblico, es decir, a la formación de filólogos bíblicos. No se necesitaba pertenecer a ninguna confesión religiosa para ser estudiante de filología trilingüe. Se estudiaban los textos científicamente, desde el punto de vista de exégesis, la crítica textual, la literatura, la poesía... como se estudian textos antiguos de otras civilizaciones, no solo de carácter religioso sino de cualquier tipo.

Así, como ha explicado en distintos lugares el filólogo clásico -autodeclarado públicamente agnóstico- Antonio Piñero, estos estudios han desaparecido del ámbito público no por una sola razón, sino por varias.

Actualmente, en España, solo es posible estudiar el grado de filología trilingüe en la Universidad Pontificia de Salamanca y en la Universidad Eclesiástica San Dámaso, ambas al amparo del Vaticano.

Pero la cuestión es, en referencia a Juan Chapa -cuyo libro más reciente queremos reseñar en este trabajo, *Qué se sabe de... Los manuscritos del Nuevo Testamento*- tiene los estudios obligatorios teológicos para los presbíteros, pero también el doctorado en teología por la Universidad de Navarra. Sin embargo, en el área de teología, los religiosos y presbíteros se forman, desde hace décadas, en el ámbito específico de la Sagrada Escritura, que suele tener su propia licenciatura eclesiástica y doctorado eclesiástico.

Qué se sabe de... Los manuscritos del Nuevo Testamento es un libro de divulgación científica. Está dividido en cuatro partes. La primera parte (“¿Cómo hemos llegado hasta aquí?”, pp. 21 y ss.) contiene el primer capítulo. La segunda parte (“¿Cuáles son los aspectos centrales del tema?”, pp. 63 y ss.) contiene el segundo y tercer capítulos. La tercera parte (“Cuestiones abiertas en el debate actual”, pp. 187 y ss.) contiene el cuarto, quinto y sexto capítulos. La cuarta y última parte (“Para profundizar”, pp. 259 y ss.) contiene el séptimo capítulo (“¿Podemos confiar en estos manuscritos?”), que cierra el libro.

Las cuestiones que aborda el libro son mucho más científicas y menos teológicas. Son cuestiones referentes a la historicidad de los textos, y son menos cuestiones filosóficas que cuestiones técnicas de manuscritología. Es por eso que es una ciencia exactamente igual que las que se emplean para códices y manuscritos antiguos de toda clase.

Con un lenguaje sencillo, el libro comienza exponiendo una realidad que a veces poco se conoce, o se asume acríticamente que no es así, tanto por parte de creyentes como por parte de agnósticos: los originales de la Biblia ya no existen -ni uno solo de los libros del Antiguo Testamento ni del Nuevo Testamento. Esto no quiere decir que no se tengan razones para pensar científicamente -con criterios científicos, no ideológicos ni dogmáticos- que sí existieron. Es decir, existen razones científicas para desechar toda idea de una falsificación de los manuscritos bíblicos o de una creación literaria tardía que intentara falsificar la Biblia, en el sentido de hacerse pasar por textos más antiguos y escritos por determinados autores.

“La mayoría de los lectores leen la Biblia en traducciones realizadas a partir de las principales ediciones críticas de los supuestos textos originales. Algunos más versados en la materia leen y estudian el texto bíblico directamente en esas ediciones críticas. Ahora bien, unos y otros saben que el texto de la Biblia procede de unos originales que se han perdido, pero que se transmitieron, con mayor o menor éxito, en copias manuscritas. Por diversas circunstancias de la fortuna se han conservado algunas de las que fueron realizadas en los primeros siglos de vida del cristianismo. Son joyas que, aunque solo fuera por su antigüedad, merecen ser consideradas auténticos tesoros de la cultura occidental y, por tanto, objeto de una especial atención” (p. 7).

Es absurdo hoy en día, en ámbitos serios científicos, la sola mención de semejante idea que, a pesar de todos, ha estado vigente en varios momentos de la historia de la crítica textual y la manuscritología, y que todavía algunos, por ignorancia, defienden hoy: que la Biblia fue un “creación” *ad hoc* en el siglo IV d. C. No se puede demostrar taxativamente lo contrario precisamente porque los originales no existen y solo existen copias manuscritas con variantes. Precisamente el hecho de que en todos los manuscritos haya variantes hace imposible reconstruir el *texto primero*, pero sí es posible señalar cuál de las copias manuscritas es al que más se acerca al original.

Los argumentos conocidos como “mitistas” no han de confundirse con este tipo de argumentos. Los “mitistas” se refieren más al contenido de los textos, y no al origen y

naturaleza de los textos. Los “mitistas” como Llogari Pujol piensan que, en cuanto a ideas y creencias, el contenido de los textos es una copia literal de otras culturas y escritos sagrados, especialmente egipcios¹.

No obstante, Chapa precisa que el libro no trata acerca de la crítica textual, una tarea arqueológico-filológica previa de sacar a la luz el texto que se lee y cuya teología se comprende. No es una tarea teológica, sino técnica y científica previa y necesaria, dada la lejanía con respecto a los textos originales que, además, ya no existen, sino que están solamente conservados a través de copias manuscritas.

En la Introducción, el autor cita al famoso y polémico especialista en crítica textual B. Ehrman, que se desengañó a sí mismo de una supuesta fe que tenía, cuando en realidad era fundamentalismo e ignorancia, a lo que él mismo -por su propio error- había identificado con la fe. La cuestión para él no es que la Biblia no sea palabra de Dios, es que se dice que la Palabra de Dios son los textos originales, pero sobre ellos nada se puede decir hoy porque no se tienen. ¿De qué sirve decir que son la Palabra de Dios, si no se tiene acceso hoy a ellos y no se puede comprobar nada? Para él, no sirve de mucho hacer esa afirmación de que la Biblia en sus originales es la Palabra de Dios:

“¿De qué nos servía proclamar que la Biblia era la palabra infalible de Dios, cuando en realidad no teníamos las palabras infalibles que Dios había inspirado sino solo las copias realizadas por los escribas, copias que en ocasiones eran correctas y en ocasiones (¡en muchas ocasiones!) no? ¿De qué nos servía afirmar que los autógrafos (los originales) habían sido inspirados? ¡No *teníamos* los originales! Esa era la cuestión: teníamos solo copias plagadas de errores y la enorme mayoría de ellas había sido realizada siglos después de que los originales hubieran sido compuestos y era evidente que difería de ellos en miles de formas distintas (Ehrman, 19)” (p. 9).

Este autor dice que “esa era la cuestión”. Pero esa es la cuestión para él, que habla desde la des-creencia y desde el punto de vista de quien se le ha desmoronado el edificio mental construido por sí mismo, por haber sido influido por el fundamentalismo.

Gracias a su formación y experiencia, Chapa no se deja embaucar -al contrario que otros muchos que sí lo han hecho, simplemente seducidos por una argumentación escrita, que no se respalda en ciencia real- por la palabrería y retórica de Ehrman. Frente a este tipo de autores, Chapa no adopta no un punto de vista ideológico y apologético de defensa a ultranza *de que la Biblia es Palabra de Dios* (afirmación, por cierto, que nunca ha formado parte de ningún credo cristiano y que no se encontrará en la Biblia misma respecto a los textos del Nuevo Testamento, sino que se encontrará en los textos del Nuevo Testamento referida -como referencia de autoridad- a los textos del Antiguo Testamento, dado que cuando se escriben los textos incluidos en el Nuevo Testamento lo que se considera Palabra de Dios entre los primeros cristianos es solamente lo que llamamos Antiguo Testamento, que además, en un 90 % de las ocasiones, citan literalmente de la versión griega de los XLII, que tiene su propio canon con libros en griego y que no ha sido aceptada por el canon

¹ Llogari Pujol, *Érase una vez... Jesús el egipcio. Las fuentes egipcias del Nuevo Testamento*, (Tempestad, 2015).

judío ni por el protestante), sino una defensa con base científica de la verdad sobre los textos bíblicos originales.

Chapa cita a Ehrman con una intención clara: la de saber quiénes el objeto de su crítica, o más bien, citando a las posiciones más contrarias a la que él va a desarrollar desde un punto de vista exclusivamente científico en el área de la manuscritología.

Además, aunque no lo dice -solo lo sabemos yendo a la referencia que da, al final del libro-, Chapa está citando la Introducción de *Misquoting Jesus. The Story Behind Who Changed the Bible and Why* (2005), traducido al castellano en la editorial Crítica con un título poco literal: *Jesús no dijo eso. Quién cambió la Biblia y por qué* (2007). ¿Jesús no dijo eso? ¿O quiere decir que “la Biblia no dice eso”? Porque no es exactamente lo mismo decir: “Jesús no dijo eso” (el Jesús de la historia, no el Jesús bíblico, que protagoniza los relatos evangélicos canónicos) a decir que “la Biblia no dice eso”. En el primer caso, estaríamos hablando, para la iglesia, de Jesús “el Cristo, el Hijo de Dios” (Jn 20,31), de Jesús como la Encarnación del Verbo (Jn 1, 14). En el segundo caso, estaríamos hablando de la Biblia principalmente como Revelación (palabra humana y palabra de Dios) o, en todo caso, del Jesús bíblico, es decir, del Jesús que protagoniza los relatos bíblicos evangélicos. ¿No es una diferencia abismal que Ehrman da por hecho que no existe, asumiendo que la Biblia quiere de suyo hablar solamente del Jesús de la historia, y no como ser un texto escrito revelado que se hace sobre la base de la historia de Jesús pero que no se identifica exactamente con las palabras históricas de Jesús ni narra sola ni principalmente los hechos históricos de Jesús?

¿Quiere decir Ehrman, al que insistentemente cita Chapa por una razón que en seguida desvelará, que *la Biblia dice que Jesús lo dijo, en sentido histórico* (es decir, que la Biblia está diciendo explícitamente que ella dice lo que Jesús en la historia dijo, y no otra cosa distinta o no exactamente la misma porque ella quiere hablar de otra cosa)? ¿Pero dónde dice la Biblia que ella quiere ser un manual de historia que reproduzca las palabras exactas de Jesús? ¿No hay un reconocimiento implícito, al menos en algunos evangelios, de que no se está transmitiendo literalmente las palabras exactas históricas de Jesús, sino otra cosa igual de importante (a saber, la Revelación, la Palabra de Dios)? ¿O la Biblia -en especial los textos evangélicos que son los que supuestamente transmiten lo que “Jesús dijo”- lo dice?

En el título mismo de la obra de Ehrman, se da por supuesto ideológicamente que la Biblia quiere transmitir *lo que Jesús dijo* -en sentido histórico: las palabras históricas de Jesús- y que, según sus investigaciones, en realidad nos miente al decirnos eso. Pero nos miente, especialmente, porque la Biblia original ya no existe, y las copias manuscritas que transmitían o trataban de transmitir los originales, han ido añadiendo palabras que no estaban si quiera en el original, algo que ha quedado demostrado científicamente.

Pero la Biblia jamás ha dicho, en los textos evangélicos, que quiera transmitir lo que Jesús dijo históricamente o, no al menos *solo* lo que Jesús dijo históricamente. Si añadiera algo o no transmitiera, en algún momento, lo que Jesús dijo históricamente, no sería ningún problema, ni supondría ningún contraargumento contra la veracidad de la Biblia como

Palabra de Dios, como Revelación, porque tiene su propia realidad, su propia naturaleza, como texto literario hecho mucho después de que Jesús viviera, muriera y resucitara.

Es decir, la intencionalidad simple de historiar el pasado y transmitir lo que históricamente dijo Jesús no pertenece a la intención de ninguno de los cuatro evangelios canónicos (salvo, quizá y solo parcialmente -y, en ningún caso, en el sentido histórico moderno, sino en el antiguo griego-, al de Lucas, según su propio prólogo; cf. Lc 1, 1-4).

De hecho, los evangelios bíblicos son narraciones muy distintas entre sí, incluso entre los sinópticos. Y esto nunca ha sido una razón para que la iglesia pensara que no eran palabra de Dios. más bien al contrario, fueron, a pesar de esas diferencias, incluidas como Palabra de Dios, evidentemente no por razón de ser descripciones literales históricas, puesto que si así fuera las supuestas “contradicciones” entre sí en el relato de la vida de Jesús (sus hechos y dichos) servirían en bandeja y de forma muy fácil a los críticos de la Biblia para decir que “Jesús no dijo eso”. ¿Y quién ha dicho que la Biblia quiera decir lo que dijo Jesús en la historia exactamente, o que transmitir lo que Jesús dijo sea su único o principal propósito?

En realidad, los textos evangélicos son, entre otras cosas, obras literarias -aunque no solo literarias- que tienen como fuentes a la Tradición de la iglesia -tanto la *lex credendi* y la *lex orandi* como la *lex vivendi*, es decir, la fe no solo como un conjunto de creencias transmitidas oralmente y rezadas (como el Credo apostólico, fundamental del Depósito de la fe o *fides quae*, el contenido de la fe o el conjunto de verdades de fe) sino también lo que la fe de hecho se practicaba, se hacía y se vivía en las comunidades cristianas (especialmente en la liturgia) como parte de la vida de fe- y distintos escritos, entre los cuales estaría la supuesta “fuente Q” o el Evangelio de los Dichos del Señor². Pero de ahí a que la intención del texto evangélico sea decir lo que Jesús dijo -y no más bien reinterpretarlo o adecuarlo al relato que transmite y a su propia intencionalidad como texto dirigido a una comunidad de creyentes-, es una afirmación acrítica, ideológica y dogmática, sin razones científicas. Que “Jesús no dijera eso” en la historia no dice nada en contra de que en el relato evangélico lo diga, porque el relato evangélico es para la iglesia primeramente Palabra de Dios y no un manual de historia que refleja sola y asépticamente lo que Jesús dijo e hizo.

Ahora bien, Ehrman es un pensador y experto en crítica textual, muy perspicaz y que, como se puede observar en su relato autobiográfico en la introducción de *Misquoting Jesus*, su argumento en realidad tiene mucho peso, porque lo que quiere mostrar, con la evidencia científica en la mano, es que mucho de lo que se atribuye en el texto bíblico de las variantes textuales a Dios, es en realidad pura creación humana. Es decir, su argumento reside en que demostradamente hay palabras en las ediciones críticas de la Biblia -a partir de las cuales se hacen las traducciones autorizadas- que no pertenecen a los originales, y por tanto no pertenecerían -en caso de que reconozcamos esos originales como Palabra de Dios- a Dios mismo. ¡Y estaríamos atribuyéndoselo erróneamente a Dios, cuando en realidad es un

² Cf. Santiago Guijarro, *Los Dichos de Jesús. Introducción al documento Q*, (Salamanca: Sígueme, 2014).

invento humano posterior añadido, que ha modificado el texto original o del que, al menos, no se puede saber si lo ha modificado o no!

Chapa sabe lo que se hace cuando comienza un libro que se declara abiertamente con la finalidad de llegar a un público no versado en el tema -un libro de introducción a los asuntos principales de los manuscritos del Nuevo Testamento³- citando a Ehrman. Así, vuelve a citarlo para conducir al lector a un problema que tiene sí o sí que responder en el libro (dado que es una de las cuestiones más elementales que suscitan las dudas de los neófitos):

“¿Qué pasa si Dios *no* lo dijo? ¿Qué pasa si el libro que estos cristianos consideran que contiene las palabras de Dios con- tiene en su lugar palabras humanas? ¿Qué pasa si la Biblia no ofrece respuestas infalibles a cuestiones clave de la era moderna como el aborto, los derechos de la mujer, los derechos de los homosexuales, la supremacía de religión, la democracia occidental y demás? ¿Qué pasa si tenemos que descubrir por nosotros mismos cómo hemos de vivir y qué hemos de creer, sin erigir la Biblia en un falso ídolo, en un oráculo que nos ofrece un canal directo para comunicarnos con el Todo- poderoso? Hay razones claras para pensar que la Biblia no es en realidad ese tipo de guía infalible para nuestras vidas que el fundamentalismo cristiano pretende: entre ellas, como he señalado, en muchos lugares los estudiosos y los lectores habituales no sabemos siquiera cuáles eran en verdad las palabras originales del texto (Ehrman., 27-28)” (p. 11).

Así, fácilmente Ehrman lleva a la moderna sospecha de que las directrices para la vida que contiene la Biblia no provienen de Dios mismo, sino de personas que se han hecho pasar por Dios. Así, las personas bienintencionada que quieren conocer la Palabra de Dios y su Voluntad y van a la Biblia para ello, en realidad podrían estar siendo engañadas, y cuando se sienten engañadas -como el propio Ehrman se sintió- se vuelven extremadamente peligrosas en términos dialécticos, porque ellas querían a Dios y encontrar a Dios; se les dio algo en lo que confiaron que era Dios, pero descubrieron que eran tergiversaciones malintencionadas humanas de Dios y, por tanto, en realidad, recibieron el contenido de los enemigos de Dios.

Pero no pensemos que toda esta polémica es nueva. Hace poco se ha publicado un libro en la editorial Trotta que discute los temas principales del *Tractatus theologico-politicus* de Spinoza.⁴ Ya Spinoza fue considerado hereje y descreído filosófico de su tiempo, especialmente por esta obra, así catalogada como hecha por el mismísimo enemigo de Dios, en el infierno. Sus tesis intentaban demostrar que no era posible que la Biblia fuera

³ Así, dice: “El propósito de este libro es ofrecer una información básica sobre los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento (NT): cuáles son los más importantes que nos han llegado, cómo se produjeron, qué formato tenían, etc. Se desea con ello que el lector pueda familiarizarse con estos documentos y disponga de los datos fundamentales para valorar lo mucho que aportan y las limitaciones que presentan” (pp. 7-8).

⁴ Cf. Steven Nadler, *Un libro fraguado en el infierno. El “Tratado teológico-político” de Spinoza*, (Madrid: Trotta, 2022).

palabra de Dios. No era un ateísmo radical, ni una negación de la existencia de Dios, sino una acusación contra quienes han manipulado a las personas haciendo pensar que lo que ellos -meros humanos- han creado en realidad provenía de Dios, cuando en realidad era justo lo contrario.

Lo que ocurre es que hoy la ciencia ha avanzado un poco más en materia de estudio de los manuscritos y hoy se pueden saber cosas sobre las que, en la época de Spinoza, no se tenía certeza ni evidencia científica.

Lo que queda claro es que, en realidad, toda la crítica de Ehrman con la que comienza el libro de Chapa está basada en un proceso psicológico de descreimiento y desconfianza no hacia Dios mismo, sino hacia los que le han convencido y han hecho pasar a su propia palabra humana por la Palabra de Dios.

En realidad, desde el punto de vista divino, teológico, esa duda, sospecha y reacción sería contemplada como una actitud necesaria y totalmente positiva:

“Esta larga introducción centrada en el testimonio de Ehrman no quiere ser más que una muestra de la importancia que tiene la crítica textual del NT y el lugar que le corresponde en el estudio de los libros de la Biblia. El análisis de los manuscritos es fundamental para conocer mejor el texto bíblico. Sin embargo, aunque sea adelantar acontecimientos, este estudio, siendo necesario, no puede tener la última palabra. El proceso de composición de los libros que forman la Biblia es muy complejo. Y el hecho de que esos libros sean para muchos millones de personas testimonio de la Palabra de Dios no depende de contar con el texto idéntico al que salió de la pluma de sus autores. La Biblia es mucho más que un texto. Es una colección de libros que pertenecen a una comunidad de fe viva. En ella nacieron y ella los ha transmitido como una parte de la tradición de la fe. Esto no quita que el texto sea fundamental. Lo es y, por ello, se debe determinar de la mejor forma posible. Aquí es donde entra la crítica textual. [...] Es oportuno tener presente lo que la práctica de esta disciplina [la crítica textual] ha dejado sentado: es imposible llegar al texto original” (pp. 11-12).

En una asignatura de teología, el profesor expuso este dato, es decir, que hoy no existen ya los originales y que no es posible conocer el original bíblico, y que el texto que tenemos en las traducciones procede un consenso humano científico en torno a lo que es más probable que fuera el texto original, pero es un consenso hecho siempre a partir de decisiones tomadas con respecto a la multitud de variantes que existen y no a partir del original mismo y, por lo tanto, hay una parte que, aunque pequeña del contenido bíblico en las traducciones, procede del “decisionismo” humano con buena intención y con criterios científicos. Al oír esta información expuesta con sencillez y respeto, una alumna, procedente de un ambiente fundamentalista, no pudo más que decir que “eso no podía ser”, que “eso era mentira” y que “acusaría ante la Dirección al profesor de estar transmitiendo falsedades sobre la Biblia”. Esta reacción psicológica es muy común en quien, educado o educada en un ambiente de fundamentalismo religioso, la escucha por primera vez. Es un dato simple, pero que quien ha considerado toda la vida al texto - incluso no a la edición crítica que contiene una copia manuscrita en la misma lengua que

Reseñas

los textos originales- literalmente Palabra de Dios -es decir, incluso en las lenguas vernáculas-, se le viene abajo no la fe, sino un edificio enorme que contiene sus propias creencias, errores y pre-conceptos que nada tienen que ver en el fondo con la fe.

Este libro del Dr. Chapa ayudará a los lectores a resolver esta y otras dudas fundamentales que se presentan en el contexto del estudio de los manuscritos del Nuevo Testamento.

Víctor Páramo Valero
Universitat de Valencia